

# La pintura de Emilio Pettoruti en Santiago

## PRO ARTE

SEMANARIO DE ACTUALIDAD \* MUSICA \* TEATRO \* CINE \* PLASTICA \* LITERATURA

Director

ENRIQUE BELLO

Comité de Redacción.— Daniel Quiroga, Santiago del Campo, Camilo Mori (Premio Nacional de Arte), Sergio Montecino, Hernán del Solar, Víctor Carvacho, César Cecchi, Etienne Prois, Juan Orrego-Salas, Angel Crucaga-Santa María (Premio Nacional de Literatura), Pedro Orthous, Margarita Aguirre, Ester Matte, Günter Böhm L. A. Heilmann.

Redactores en el extranjero.— Guillermo de Torre (Buenos Aires), Humberto Díaz-Casánueva (Lima), Rosamel del Valle y Fedor Kabalin (Nueva York), Luis Oyarzún (Londres), Alma Hübner, Angel C. Oyarzún y Antonio Aparicio (París), Manfred Rosenthal (Berlín), Guglielmo M. Giarda (Veneza), Franca Giarda (Corresponsal viajera). Gerente: Galvarino Rodríguez.

SANTIAGO DE CHILE, JUEVES 10 DE AGOSTO DE 1950

EDICION 103 — AÑO III

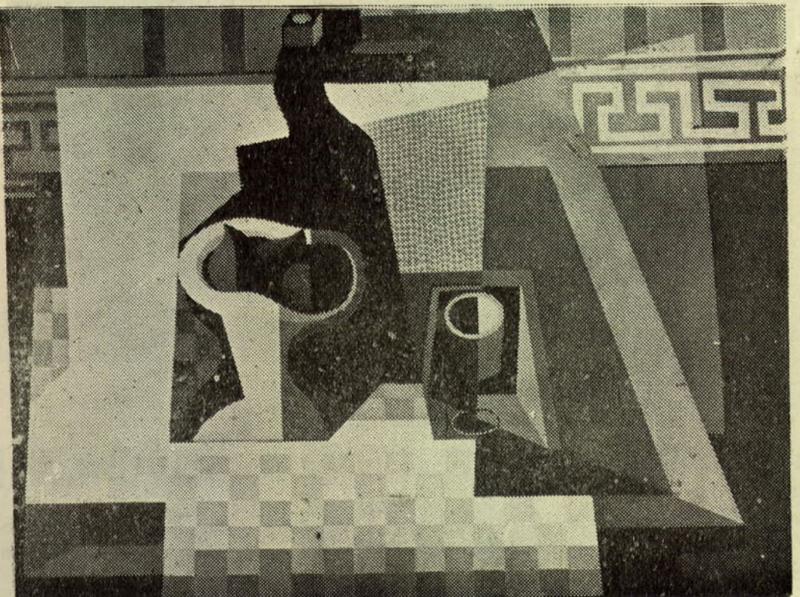
PRECIO: \$ 5.—



PETTORUTI. — El Quinteto (1927). Oleo 150-132 (San Francisco Museum of Art).



PETTORUTI. — Sol temprano (1943). Oleo 81 x 60 (Colección Marqués Rebelo, Río de Janeiro).



PETTORUTI. — Peras y manzanas (1932) 100-73.

El miércoles próximo se inaugurará en el Museo de Bellas Artes la exposición retrospectiva del gran pintor argentino Emilio Pettoruti, uno de los más altos valores de la plástica americana contemporánea.

La Facultad de Ciencias y Artes Plásticas de la Universidad de Chile, el Ministerio de Educación y el Museo Nacional de Bellas Artes, han tomado a su cargo la presentación de esta muestra, que permitirá a nuestros plásticos, estudiosos y público, apreciar en sus grandes lineamientos, el desarrollo de un arte y de un artista cuya obra ha trascendido en el nuevo y en el viejo continente.

Emilio Pettoruti nació hace cincuenta y cinco años en la ciudad argentina de La Plata. Ya en 1916, cuando apenas contaba 21 años, el pintor hacía su primera exposición individual en Florencia. Había viajado a Italia muy joven y antes de aquella fecha participó en numerosas exposiciones colectivas italianas. A partir de entonces Pettoruti realizó numerosas exposiciones de sus obras en Italia, Francia, Alemania, Austria y otros países. En Alemania se vinculó estrechamente al movimiento pictórico de Munich.

De vuelta en su patria, alrededor de 1924, Pettoruti promovió en la Argentina una verdadera revolución en los dominios de la plástica de su país. A través de conferencias, cursos y exposiciones, dió a conocer las modernas tendencias de la pintura europea en el ámbito sudamericano. La natural incompreensión de aquellos años hacia las nuevas formas de expresión pictórica lo señalaron como un precursor audaz, tan combatido como admirado por la juventud animada del nuevo espíritu. Es a Pettoruti a quien deben los plásticos argentinos, en su mayor parte, el florecimiento moderno de la pintura.

Nombrado en 1930 Director del Museo de Bellas Artes de La Plata, cargo que conservó durante diecisiete años, realizó desde allí una campaña tenaz para despertar el interés por la renovación plástica de su país. Los impresionistas, los fauves y los cubistas europeos, escuela esta última de su preferencia, tuvieron en Pettoruti un divulgador necesario en tiempos en que apenas si se les conocía. Se produjo así, en un vasto sector del arte argentino, un diferente modo de apreciar, que insufló nuevas fuerzas al naciente desarrollo plástico del país hermano.

Sin embargo, situar a Pettoruti únicamente en su trascendencia argentina, sería restarle la importancia continental que alcanzó desde hace muchos años su pintura. Se le cuenta entre los tres o cuatro americanos cuyos nombres figuran con honor en el arte contemporáneo.

Pettoruti ha sido un divulgador formidable, además del gran artista que es. Ha fundado varias revistas de arte y escrito centenares de artículos en periódicos argentinos y extranjeros sobre las materias de su especialidad. Como maestro, su cátedra fué siempre preferida.

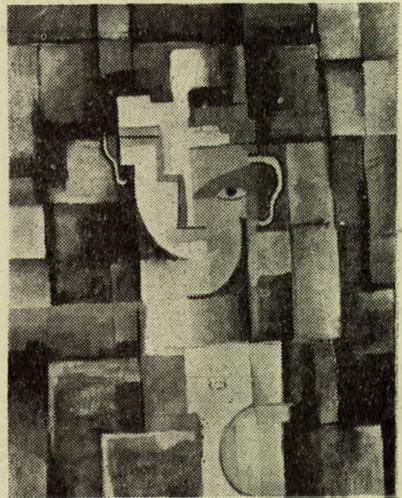
En 1943 presentó una exposición de sus obras en Nueva York que recorrió en seguida los grandes museos norteamericanos con señalado éxito.

En la exposición de sus obras que ha auspiciado el Ministerio de Educación y la Universidad, y que como decimos se inaugurará el miércoles próximo, Pettoruti entregará a la apreciación chilena una parte muy importante de su obra. Serán 51 telas, la mayoría de grandes dimensiones, que lo muestran desde sus primeros cuadros consagratorios. Figuran entre éstas, obras realizadas por el artista hace más de treinta años, junto a creaciones recientes.

PRO ARTE se congratula de esta magnífica muestra de arte, y en homenaje a Pettoruti publica aquí algunas reproducciones de su trascendente obra.



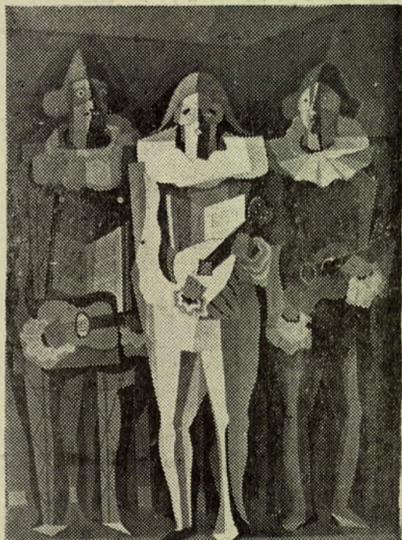
PETTORUTI. — La estatua (1945). 92-65.



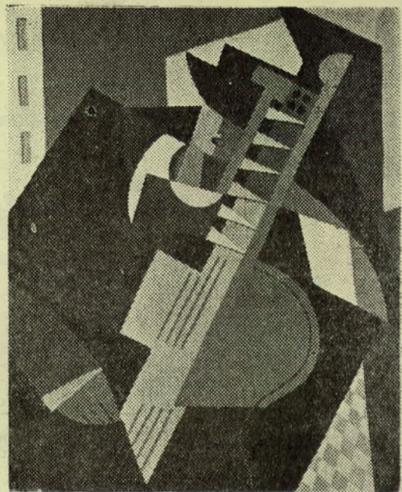
PETTORUTI. — La amiga (1917). 53x42.



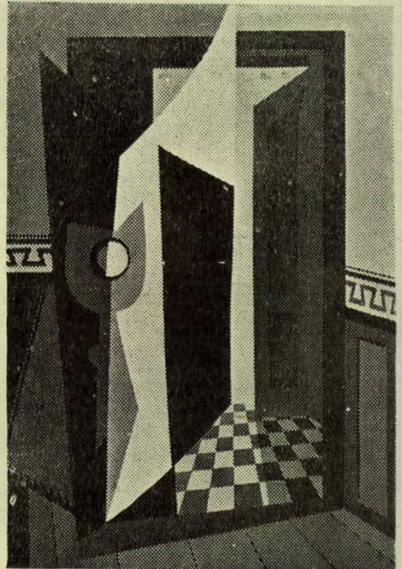
PETTORUTI. — Joven arlequín (1929). Oleo 114-70. (Museo Nacional de Bellas Artes, B. Aires).



PETTORUTI.—El Improvisador (1937). Oleo 195x140. (Museo Nacional de Bellas Artes, B. Aires).



PETTORUTI. — El guitarrista (1920). Oleo 55x46. (Colección Luis Arena, Buenos Aires).



PETTORUTI. — La casa del poeta (1935). 73x54.



PETTORUTI.— Fotografía de Mariarosa (1931). Oleo 81-60 (Museo P. de Bellas Artes, Santa Fe).



PETTORUTI. — María (1919). Oleo 51-45. (Colección XX, Roma).



PETTORUTI. — Rincón de silencio (1926). Oleo 67x60.

# Literatura

## Psicología del escritor según opina Benjamín Subercaseaux

Uno de nuestros lectores, el señor Rafael Vecchiola, nos ha enviado un resumen de la versión taquigráfica que él tomó de la conferencia que, sobre "el escritor", ofreció Benjamín Subercaseaux el jueves pasado en el Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura. Se contienen en este resumen las ideas principales vertidas por el distinguido escritor chileno acerca de la psicología del escritor. Van a continuación.

Comenzaré por repetir una definición que he hecho hace algunos días, publicada en una revista y que a algunos ha parecido un tanto extraña y excéntrica. En ella comparaba al escritor con el sordomudo, pues tienen una adaptación impuesta que hace que ambos se expresen por signos.

He observado, y para mí es cosa evidente, que el mejor medio de expresión para el escritor, y a veces su único medio de expresión, es la escritura. El escritor, cuando no escribe, es un hombre bastante ordinario y vulgar. Es un hombre que estude la sociabilidad, es el hombre lento; no es rápido en la respuesta, no es tampoco el conversador brillante; encarna perfectamente "el espíritu de la escalera", como decía un pensador francés, refiriéndose al hecho tan común del hombre que en el trayecto de una escalera se repita a sí mismo la frase: "por qué no le habré dicho esto y lo otro a esa persona..."

Un escritor supone una esencia propia, diferente, que no podríamos identificar con el hombre que escribe. Debe tener iniciativa propia o "élan". Un escritor es un temperamento, un productor no fabricable, no natural; es una idiosincrasia.

En el escritor hay algo que no anda muy bien, en el sentido del burgués normal. Un escritor es un neurópata. El artista, el ser creador supone una desigualdad nerviosa con el medio ambiente. Todos los neurópatas viven en una ansiedad constante de expresarse, sufren "mania de expresión", "deseo de expresión" por lo que todos los seres neurópatas sienten que viven en un mundo que no fué hecho para ellos. Viven en un mundo en que todas las cosas están hechas para los demás. El medio ambiente les exige ser como los demás.

El buen burgués cuenta con la calorosa aprobación de los demás. Cuando el escritor no triunfa, el mundo entero se le viene encima; la obra es su tabla de salvación.

Gracias a los hombres raros que son los escritores, el mundo no anda todavía en cuatro pies.

**EL ESTILO.** — Cuando un hombre tiene una tendencia innata a expresarse en la forma escrita, es lógico pensar que esa expresión tendrá un sello propio. El modo de andar de la pluma sobre el papel tiene un gran parecido con el modo de andar físico, con el ambular. Hay modos de andar elegantes y finos, y otros feos y descuidados; así también en la escritura. No niego que no pueda corregirse ese modo de andar desgarrado de algunos, pero después de pulirlo y afinarlo siempre quedará el sello original.

El estilo es el corte mental, la manera propia de pensar, el ritmo psíquico que llevado al papel traduce una cadencia determinada, propia de cada persona. Si las ideas son buenas, el estilo es lo de menos.

El estilo es susceptible de corrección, en cierta medida.

Péguy, que tiene un estilo fácil y natural, se quejaba de esta tendencia tan moderna y de la cual se ha abusado un tanto, de no ocuparse del estilo.

El estilo es ese sello individual que distingue a una persona, que permite diferenciarla de otra, que le da personalidad.

Lefontaine decía: "Yo fabrico lo natural". Se ha dicho que hay que escribir lo que se siente; la literatura es también el arte de sentir lo que se escribe, puesto que supone un imperativo de acción. La verdadera conducta reside en una sabia realización de ambas cosas.

**PARA QUE Y PARA QUIENES ESCRIBEN LOS ESCRITORES.** — Hay escritores que dicen que no les interesa el público, y afirman: "Yo escribo para mí", pero eso no es lo verdadero.

El escritor es un hombre en trance de expresión, de mensaje, de justificación ante una sociedad que en su vida íntima, personal, le reprocha su actitud.

Los escritores que escriben con el fin de describir; hay escritores fotógrafos que exageran la descripción. Pero tampoco se debe desear totalmente la descripción, porque representa como el escenario. Cuando el escritor describe con el fin de demostrar todo lo que la gente no ve —porque no puede expresarlo, pero que reconoce cuando lo lee, cuando el escritor muestra lo invisible— entonces llena su cometido en la descripción. Esta es una de las razones del por qué y para qué escribe.

La misión del escritor sería la de servir de "ojo vidente" a un pueblo ciego, ojo vidente en el sentido trascendente, capaz de percibir el futuro, lo inefable, lo inexpresable. La función específica del escritor es precisamente esta función profética, vidente; poder captar el camino medio entre varias circunstancias, dar el término adecuado a un concepto.

Hay un mensaje, y como en todo mensaje y en toda videncia hay un presentimiento, hay una profecía, en el sentido pretérito que lo entendían los profetas antiguos.

Hay diferencias entre el concepto que se tiene de que el escritor escribe para deleite de las gentes; hay diferencias entre las personas que escriben y los escritores; hay algo más. Las personas que escriben se dividen en dos categorías: las que escriben regular y bien y los genios de la literatura.

Los que escriben regular son los hombres de Derecho que escriben un tratado, los médicos que escriben una monografía, los hombres de ciencia que publican obras de valor científico, etc. Todos pueden escribir muy bien, con muy buena sintaxis, pero no son escritores.

Las bambalinas del escritor. — ¿Cómo hacen para escribir los escritores? Se cree en la "inspiración", palabra que tiene un significado parecido al acto de inspirar aire para llenar los pulmones, y se cree que en la misma manera en que se insufla aire en ellos, por un especial trance, se hace bajar a las musas de su Olimpo para dictar al escritor sus ideas.

Pero la verdad es que la inspiración no existe. Cuando a veces le ocurre al escritor de estar gozando algo, intensamente, un paisaje, una charla agradable, un momento de amor; cuando el hombre se siente con un deseo de llevar al papel esa maravilla que hace vibrar todo su ser, escribe animado por el soplo de la inspiración, pero escribirá la peor página que haya escrito jamás.

Páginas de excelsa inspiración hay, sin embargo. El escritor es un ser que vive más intensamente por la misma sensibilidad de su sistema nervioso, que vive peligrosa y dolorosamente. También tiene sus momentos de tranquilidad y de paz; y cuando ya está serenado, su voluntad es capaz de traer hechos pasados o presentes como si los estuviera viendo otra vez, y estos hechos decantados adquieren una pureza como para hacer vibrar otra vez su espíritu. Esto, al conseguirse en el segundo caso, da la página inspirada. Es un mecanismo a posteriori, de almacenamiento, de revivencia, que permite por obra de la voluntad entrar en una suerte de trance, frío al comienzo, pero que poco a poco se va animando y da la justa medida para que sea obra de arte.

La emoción vibrante por el hecho presente es muy semejante a los estados que se producen por excitantes físicos, y los pobres infeli-

### "PRO ARTE"

POEMAS DE LAS MADRES, por Gabriela Mistral. — (Editorial del Pacífico, Santiago).

Nos cuenta Gabriela Mistral cómo nació una tarde, en una calle de Temuco, la idea de escribir unos poemas que expresaran la "santidad" de la preñez. Una mujer que iba a ser madre se hallaba sentada a su puerta, pasó un hombre y le dijo una frase soez, que la enrojeció. "Yo sentí en ese momento — escribe — toda la solidaridad del sexo, la infinita piedad de la mujer para la mujer, y me alejé pensando: —"Es una de nosotras quien debe decir (ya que los hombres no lo han dicho) la santidad de este estado doloroso y divino. Si la misión del arte es embellecerlo todo, en una inmensa misericordia, ¿por qué no hemos purificado, a los ojos de los impuros, esto?"

La voluntad de embellecer un estado físico de dolor y deformidad, lleva a los labios de nuestra gran poetisa algunas de las palabras más tiernas que se han pronunciado ante las madres. El proceso de la maternidad adquiere sostenida nobleza. La vida se espiritualiza. Todo está, alrededor de la mujer, cantando una anticipada canción de cuna. Son bellas, suaves y animosas palabras las que dice el cuerpo, en cada movimiento, en cada instante de inmovilidad, hacia su penosa gravidez. Siente que el mundo está como ordenándolo todo para darle fortaleza y alegría. Y el cuerpo se cuenta esta cordialidad de las cosas, se asiste, quiere ser "como un agua en reposo", sueña la vida que va a brotar de él, se ha ensimismado en su riqueza.

Como lo quiso la poetisa, el arte ha embellecido un estado que, en sí, no es bello. Las palabras han creado una imagen de la madre y es esta imagen la que vive. La madre real está ausente. Ha sido substituida por su representación idealizada, y los vocablos combinan sus sonidos para cantarla, dignifican su significado para darle, en torno, una atmósfera pura, entregan posibilidades que están en ellos y que la realidad esconde, negándose a tocar el límite de la poesía y cruzarlo para transfigurarse.

Esta madre de Gabriela Mistral es grácil, sensitiva, etérea, abstracta. Su mundo es el poema. Su materialidad tiene, como forma, la palabra. Su paso es apenas ternura y secreto: "Y voy por el campo silencioso, cautelosamente; creo que árboles y cosas tienen hijos dormidos, sobre los que velan inclinados".

Simultáneamente, en este valioso libro, hay otra madre: la crea André Racz. La vemos, la seguimos en su deformación, poseemos — de página en página — la visión precisa de cómo su cuerpo ha perdido esbeltez, gracia, frescura.

Pero si hemos dicho que es otra madre, no estamos en lo cierto. Es la misma. Pero ahora esta madre ha venido a mostrárnosla de las palabras a las líneas que la retienen, la cubren de su propia realidad, no la envuelven sino en su desproporcionada desnudez. Una mano vigorosa la ha cogido para que su mundo sea distinto y en él sobreviva su suerte sin donaire. Líneas fuertes, exactas, la conforman de acuerdo con su grácil deformación. Ya no podemos imaginarnos. Está presente y es sólo como la vemos, henchida, ajena a toda delineación sobrepuesta a la realidad sensible.

Sin embargo, no ha perdido nada. La mano que la ha trazado no tiene, en su reciedumbre, menos ternura que la voz que está, en las mismas páginas, acompañándole sus íntimos sueños. Dos grandes artistas coinciden, de distinto modo, en apartarla de cuanto puede, brutalmente, herirla.

Reunidos, pues, en una misma obra, Gabriela Mistral y André Racz, para representarnos con magia diferente una realidad que, sin el arte, no alcanza una apariencia primordialmente noble, tenemos enfrentada a los ojos y asomada al oído la imagen de la mujer que va a ser madre. La idealidad en que la aposenta nuestra poetisa no extraña su perfección en la humana rudeza donde la sitúa el pintor y grabador rumano. Si Gabriela Mistral le dió a su estado lo divino, André Racz le entregó lo doloroso. Y así embelleció sin engañarnos.

Ahora bien: el libro que comentamos es el tercer Cuaderno del Pacífico, es decir, una publicación destinada a presentarnos artistas plásticos. Fundamentalmente, se trata aquí de que admiremos 63 dibujos de André Racz. Y para que lo conozcamos mejor, termina el volumen con un penetrante estudio de Antonio R. Romera acerca de la vida y la obra de este artista. Como de costumbre, Romera se atiene al tema elegido, sin divagaciones insubstanciales, desarrollándolo con un agudo conocimiento, una clara inteligencia, un estilo sobrio en que nada falta ni sobra para que tengamos una noción cabal de lo que se propone analizar y conducir avaluaciones justas. El arte de André Racz se nos aparece en sus numerosos aspectos, definido, fijado en sus tendencias y en su época.

Un libro de este índole, cuidadosamente impreso, es digno de la más cordial acogida.

HERNAN DEL SOLAR.

CASA BETHOVEN  
César Rau  
Fundada el año 1909



Pianos alemanes 114 de cola y verticales  
ACORDEONES  
COMPOSTURAS  
Y  
AFINACIONES  
Avda. B. O'Higgins 275  
Teléfono 31425 SANTIAGO

ABRIGOS  
1 - 2 - 3 años  
\$ 350.-  
VESTIDOS  
1 - 2 - 3 años.  
Spunela  
\$ 250.-  
CHALECOS  
4 - 5 - 6 años  
\$ 100.-  
PIJAMAS  
4 - 6 años  
\$ 160.-  
Borizon  
PASAJE A. EDWARDS-372  
POR COMPAÑIA 1068  
ENTRADA TEATRO PLAZA

**AUTOMOVILES Y CAMIONES**  
Compraventa, financiamiento, consignaciones  
**JIMENEZ Y LARRAIN Ltda.**  
BDO. O'HIGGINS 2536

caminarsé a la Moral, fué un mártir de la Moral. Garco decía: "Verlaine era un ángel caído que se recordaba de su cielo". En los momentos de sus caídas, Verlaine demostró ser el hombre con una inspiración clara al bien y a lo recto.  
Rimbaud, su amigo, quien escribió una parodia de Villon, escribía: "Si yo pudiera vivir tan sólo un día honorable antes de morir..." Esas aspiraciones no las pueden tener los viciosos ordinarios.  
No me parece justo cargar a los escritores una pretendida inmoralidad.  
EN RESUMEN. — El escritor no es un fantasista para deleite de la gente, no es un folklorista, no es un historiador, un filósofo profesional, un político, y en ningún caso podría ser un aficionado, porque sería tan absurdo como pensar que un águila es aficionada a volar.  
Es un ser creado por el destino, que desempeña una función social, y cada función social es creada por el destino. Tiene por misión las grandes visiones y las grandes síntesis. Ve bajo otros ángulos y desde otros ángulos lo que los otros no logran captar. En un escritor está su pensamiento y el pensamiento de todos sus contemporáneos. Su época es la época por venir. El escritor es un infeliz.

ABRIGUESE CON CAMPERO

ALPARGATAS DE LANA FORRADAS EN FRANELA Modelos especiales de invierno, con y sin taco.

**ALPARGATAS CAMPERO**  
M. R.  
EXIJALAS EN LAS CASAS DEL RAMO  
Fábrica de Alpargatas S.A. Chacabuco 675. — Santiago

## UNA OBRA MAESTRA DE LITERATURA PERSONAL

Por Pierre DESCAVES

Pocos meses después de la publicación de su relato "Les Amours Singuliers", Roger Peyrefitte, que continúa siendo, ante todo, para la generación de postguerra, el profundo y sutil novelista de "Las Amistades Particulares", acaba de publicar una obra "La Mort d'une Mère", artefacto de la cual ha surgido un vivo debate. Tal es el destino de este escritor, cuyos temas de novelas o relatos, atraen, en forma irresistible, la controversia. ¿Es bastante esto para señalar la fuerza y originalidad de un talento que entiende animarse y desahogarse al margen de los senderos frecuentados por las morales corrientes?

Esta vez, Roger Peyrefitte nos ofrece una buena medida, en el sentido de que no concede ninguna moraleja a una confesión; ya sea un hombre de cuarenta años, colocoado, bruscamente, frente a uno de esos cortes capitales de destino. En lugar de "La Muerte de una madre", Peyrefitte, habría podido escribir muy bien: "La Muerte de mi madre". Como sentamos al nojear el dolor, el autor, en efecto, cuenta su experiencia personal. Ninguna ficción; nada que, de cerca o de lejos, pertenezca al dominio de la novela. Roger Peyrefitte ha tratado a su madre hace poco más de tres años. Se esfuerza por revivir ante nosotros el acontecimiento, reconstruir el cuadro de los hechos, esclarecer, en todas las direcciones posibles, el contenido psicológico.

Conocido es el proceso así como sus peligros. Cierto es que el género o el procedimiento, incluso representados por André Gide o Marcel Jouhandeau (no por Roger Peyrefitte), puede chocar a algunas sensaciones. André Maurois lo ha presentado bien cuando dice que la autobiografía es una empresa ingrata, casi imposible. El autor de "Climats" lo sabe mejor que nadie, ya que ha corrido la aventura. André Maurois, pensando en determinadas "dificultades" de expresión alusiva, señala que, en el relato autobiográfico, el autor avanza sobre una estrecha cresta, entre dos precipicios. Si no es franco —ya fuese por omisión— corre el peligro de caer en la vulgaridad. ¿Es aventurero y osa todo? Choca con el lector delicado... Concesiones que, en la forma novelesca, no causan extrañeza e incluso, interesan, cesvisten impudicamente al progreso de sí mismo. Y, además, ¿son verdicosos? Hay un exceso de la sinceridad que sobrepasa a la sinceridad.

En el hecho, los escritores que han sentido la necesidad de expresar plenamente lo que han vivido con intensidad, han experimentado, casi todos, la necesidad de buscar la coartada de una intriga novelesca. Hay que ser intrépido para dejar de lado el pudor común, y el autor de "La Mort d'une Mère" se explica suficientemente en cuanto a su actitud y sobre los derechos a una confesión total, cuando, al final de un relato de una autenticidad, irrecusable, escribe: "¿No era el signo de que no tenía nada que discernir con los sentimientos comunes al igual que, tampoco, con los usos establecidos?". Habrá algunos que preferían lo que se llama la dignidad del silencio. Pero no podría condenarse una forma inversa y que consiste en contar todo.

¿Y que se nos cuenta? Se trata de una aventura banal. Una dama de 82 años, que vive en una pensión religiosa en Toulouse, cae gravemente enferma. Su único hijo, que vive en París, y al que adora, es informado del peligro. En lugar de precipitarse a la cabecera de su madre moribunda, este hijo aparece, en el seno de una vida frívola, ocupado en retardar la hora de partida, en arduos con el destino. Finalmente, con desagrado, se decide a partir. Cuando llega a Toulouse su madre ha muerto ya. Con algunos parientes lejanos y con las religiosas, arregla los detalles del entierro. La inhumación se lleva a cabo en Levet, en el Aude; el narrador parte, de nuevo, hacia la vida. Pero hacia una vida ya marcada por aquello que ha sucedido.

Porque —y es necesario ir más allá de la apariencia, de la simplicidad servida por un estilo magistral—, es en eso donde reside el drama verdadero. Para Roger Peyrefitte, la muerte de una madre es ocasión para un inventario de la vida. El drama se desarrolla en el espacio de cuatro o cinco días. Y, desde entonces, se descubre un foso entre el pasado y el presente. "Un niño —lo era un poco ante mis propios ojos— en tanto que mi madre existía. A partir de hoy yo no soy sino un hombre". El hecho temido y presentado, deja al testigo sin lágrimas, porque ha sobrepasado, de golpe, la medida de todo. ¿Qué da este retorno a sí mismo que se opera en el alma del narrador? Desde mucho antes, entre su madre y él, una piadosa mentira existía; ella creía en Dios y, en medio de sus religiosas, había podido conservar un alma infantil, porque el secreto de sus compañeros no es el de tener miedo a morir, es el de ignorar el valor de vivir.

En esta madre-hijo, dulcemente preservada, creía que su hijo participaba de su piedad. Muere con esta certeza, cuando, en verdad, el narrador se identifica con una liberación cuya existencia está llena de libertinajes y de ilusiones. En suma no ha hecho sino representar la comedia de la religión. Se desmorona un nobilísimo debate. Ya no hay en escena y en juego, una madre y su hijo, sino dos concepciones de la existencia; dos morales. Difícilmente se defiende una, contra una creciente emoción cuando, finalmente, Roger Peyrefitte, al término de esta confrontación de un hombre y una muerte, tan poderosamente unidos en su amor mutuo, pero tan profundamente divididos sobre las formas de este amor, evoca el terrible conflicto de las generaciones: "Lo que llevan en tierra, ya no es una mujer extendida en un ataúd; es un universo de fe y de sabiduría de humildad, de simplicidad y de dulzura, que termina desapareciendo frente a un universo de violencia, de odio y de pretensión".

Esta es la aventura personalísima que Roger Peyrefitte propone a nuestras reflexiones sin farsitear y netamente, con no sabemos qué angustia profunda, puesto que a la cabecera de la muerte ha sentido dos seres en él, dos seres inconciliables. Ha descrito el primero con una especie de impasibilidad vengativa y con detalles tan fuertes que no todos los admitirán. Pero, hay que acoger "La Mort d'une Mère", como una confesión de una inspiración y de una expresión excepcional en el orden de los complejos filiales. Una confesión extraordinaria, plena de una multitud de detalles que la catalogan con una especie de super-verdad suprahumana, a la vez corcionada. Era propio del autor de "Amistades Particulares" entregarnos estas impurezas personales y sondear así, las profundidades desconocidas, donde bajo el légame de los pecados, brilla la luz prometedora de las redenciones.

ARTE CATEGORÍA  
Windsor PLAQUE

Tersura angelical  
Emma Scott  
POLVO MAQUILLADOR  
Emma Scott

**EL AZULEJO de PORCELANA LOTA**  
es más bello!

Los azulejos de porcelana de LOTA, de cantos redondeados, de colores brillantes y uniformes esmaltados mecánicamente, unen a su calidad y durabilidad la más bella apariencia. Los arquitectos y constructores los prefieren en revestimientos de baños, patios, terrazas y piscinas. 15x15 cms. Blanco, negro, verde y café.

\$ 6.90

Cerámica de **LOTA**  
AHUMADA 110

**DIBUJANTES**

Para artículos de Dibujo Técnico y Artístico  
"Librería NACIONAL"  
Alameda 331  
Fono 30349  
Cas. 13211, St.

ces que se dan al vicio de la morfina o del opio, consiguen escribir en ese estado páginas y más páginas que a ellos les parecen joyas de inspiración y de genialidad, pero que leídas al día siguiente no pasan de ser un conjunto de banalidades.

**RELACIONES DEL ESCRITOR CON LA MORAL.** — Largo sería entrar a explicar, primeramente, qué se entiende por Moral. Hay tantas definiciones en el vocabulario filosófico como acepciones le dan las personas que se refieren a ella.

Moral, en el sentido de "costumbres"; hay escritores a quienes se les reprocha de estar fuera de aquella "moral"; tal escritor es dado a la bebida, tal otro lleva tal vida íntima, y la gente dice que a esta clase de gente no hay que exigirle lo mismo que a los demás.

Es este un caso extraordinario de benevolencia. El escritor, dado que es un tanto desequilibrado en relación a su medio, a las exigencias sociales, o en relación a lo que aspira y los demás rechazan, es una persona que se encuentra en una posición "sui generis" en relación con la moral.

El escritor, pasando sobre reglas exteriores de la Moral, es un empujado a la Moral en un sentido interior. "La verdadera Moral se mofa de la Moral", dijo Pascal.

El escritor, que es quien sabe más de las traiciones y de todo lo aborrecible que está en el alma humana, cuyo fin es crear almas, dar vida a situaciones, vibrar ante lo bello, etc, etc, no podría ser un andrajero moral. Eso constituiría una contradicción.

No cabe duda que hay una gran benevolencia para conmigo. En muchos aspectos soy un excéntrico, porque vivo un tanto aislado de los demás.

Pero el escritor no abusa de un tipo de Moral opuesta y contradictoria a la Moral en esencia. Todo ser que se ve removido por el ambiente, que tiene una sensibilidad aguda, está sujeto naturalmente a mayores alternativas en la vida. Para mantener el timón en un mar agitado, se precisa de un mayor esfuerzo.

Es injusto pensar que el escritor vive desentendiéndose de los problemas de la Moral, cuando su vida gira alrededor de la creación de personajes y recorrer esa ruta que no puede ser seguida sino en el sentido único de la Moral.

En el curso de su vida, el escritor, es un mártir de la Moral, y no dejará de extrañar el ejemplo de Paul Verlaine, un espíritu de viejo Sócrates profundamente vicioso, un hombre que llevaba una vida de procesos, de enfermedades, de amarguras, con queridas de baja estofa que lo traicionaron. Toda su vida era un continuo esfuerzo para en-